

## LAS «CONVERSACIONES» ENTRE JOSÉ ESTRAÑI Y LA ESTATUA DE PEDRO VELARDE

La facilidad de José Estrañi para componer rimas jocosas le hizo creador de un lenguaje propio, las Pacotillas, composiciones que lo mismo servían para alabar o para criticar, siempre con ingenio, cualquier asunto que se pusiera a tiro de la pluma de Estrañi.

En este caso reproducimos las dedicadas a la estatua de Pedro Velarde, que irritada por la itinerancia por las calles santanderinas a que se ve sometida, se queja a su interlocutor del mal trato que le dispensan las autoridades municipales.

### “La Voz Montañesa”, 29 de Junio de 1.878

#### **Pacotilla**

Se asegura que, más o menos tarde,  
colocarán la estatua de Velarde,  
para cuyo acto escribirá un soneto  
probablemente mi tataranieto.  
¡Dios quiera que después, en conclusión,  
no pongan una estatua de cartón!

**José Estrañi**

### “La Voz Montañesa”, 15 de Febrero de 1.880

La estatua de Velarde, fatigada  
de estar ya tanto tiempo encajonada,  
al baile de esta noche piensa ir,  
pues dice que se quiere divertir.  
Si en el Teatro ve a la comisión,  
¡le va a dar una broma de pistón!

**José Estrañi**

### “La Voz Montañesa”, 21 de Abril de 1.880

El profesor Enguita escribe un himno  
dedicado a Velarde, según creo,  
pieza que ha de tocarse el *Dos de Mayo*  
cuando a la estatua se le quite el velo.  
La inspiración y el mérito de Enguita  
recomiendo al ilustre Ayuntamiento,  
¡por si acuerda la junta de asociados  
en música poner los presupuestos!

**José Estrañi**

### “El Cantábrico”, 29 de Septiembre de 1.897

He recibido una carta  
de la estatua de Velarde,

el cual, con mucha razón,  
se queja de que ya hace  
más de tres meses que está  
rodeado de andamiaje,  
sin poder lucir su facha  
ni su actitud arrogante,  
debido a que los obreros  
que están allí cepillándole  
el pedestal y la ropa,  
no dan a su obra remate.  
Dice el héroe que pidió  
por mi conducto al alcalde  
que el pedestal le limpiaran  
a fin de que le admirasen  
las muchachas forasteras  
que vienen aquí a bañarse,  
y que las chicas se han ido  
sin que él su objeto lograse  
pues se ha hecho eterna la obra  
y no acaban de limpiarle.  
-“¡Vive Dios!”, añade el héroe,  
“que me herviría la sangre  
si en lugar de ser de bronce  
fuera mi cuerpo de carne  
y como en el año ocho,  
cuando me batí en el Parque,  
iría al Ayuntamiento  
cualquier día por la tarde  
y echaba por el balcón  
a todos los concejales,  
porque de esto que me pasa  
son ellos los responsables”.  
Tranquilícese, don Pedro,  
y reprima sus arranques,  
que aquí estamos orgullosos  
de sus glorias inmortales  
y lo mismo los ediles  
que los que somos seglares  
veneramos su memoria  
rendiendo culto a su imagen.  
El motivo del retraso  
no lo sé, señor Velarde,  
pero apuesto cualquier cosa,  
seguro de no engañarme,  
a que faltó medio kilo  
para la obra, de albayalde,  
y como sin expediente  
su adquisición no era fácil,  
mientras se ha solicitado  
por los que la obra hacen

y al arquitecto de casa  
se le ha pedido dictamen  
y la comisión informa  
y hay otras formalidades,  
han pasado los tres meses  
y pasará, Dios mediante,  
todo este próximo invierno  
antes de que le desjaulen.  
¿Permitir comprar un clavo  
de a céntimo, sin formarse  
expediente? ¡Qué dirían  
los ingleses y los yankees!

**José Estrañi y Grau**

**“El Cantábrico”, 6 de Octubre de 1.897**

Aún sigue Velarde  
-de la estatua hablo-  
metido entre tablas,  
machones y andamios.  
Me temo que un día  
don Pedro, ya harto,  
va al Ayuntamiento  
¡y hay un *Dos de Mayo*!

**José Estrañi y Grau**

**“El Cantábrico”, 7 de Octubre de 1.897**

Dije ayer que don Pedro  
Velarde estaba  
muy enfadado al verse  
lleno de tablas,  
y que iba a armar un cisco  
con razón harta  
yendo al Ayuntamiento  
con una tranca.  
¡Valiente plancha hice!  
¡valiente plancha!  
porque está descubierta  
toda la estatua.  
Pero es que a poder mío  
llegó una carta  
suscrita por don Pedro,  
que se quejaba  
de lo pésimamente  
que le trataban,  
y yo entendí que era  
por la gran lata

que con los andamiajes  
dándole estaban;  
y era, según anoche  
ví con más calma,  
por los malos perfumes  
y los miasmas  
de los puestos de pesca  
que allí se instalan.  
También se queja el héroe  
de que a las altas  
horas nocturnas, suele  
ver sombras vagas  
en aquellos asientos  
que hay en la plaza,  
representando escenas  
tan endiabladas  
que le dan, hasta siendo  
de bronce, náuseas  
y anhelos de ahuyentárlas  
a bofetadas.  
Esto es lo que decía  
claro la carta  
¡y yo, por no enterarme,  
metí la pata!

**José Estrañi y Grau**

**“La Montaña” (La Habana), 29 de Abril de 1.916**

*Diálogo con la estatua*

**de D. Pedro Velarde, en Santander**

-----

-Don Pedro, buenas noches.  
-¿Quién saluda?  
-Pepe, el pacotillero.  
-Hola, amiguito.  
Te estás vendiendo caro.  
-No, por cierto.  
Ni por un perro chico.  
-Quiero decir que ya no me visitas  
con la frecuencia de antes.  
-Entendido;  
es que los años ya me pesan mucho.  
-No seas *pesimista*.  
-¿Chistecitos  
también, Don Pedro?  
-No siempre ha de estar uno  
con cara y actitud de andar a tiros.  
-¿Quiere usted (y perdón si le molesto)

bajar para que hablemos un ratito?

-Con mucho gusto.

-No se haga usted daño.

-Descuida. No hay peligro.

-Poco a poco.

-No temas... ¡A la una,  
a las dos, a las tres!

-¡Caray, qué brinco!

-Ajá...ya. ¿Nos sentamos donde siempre?

-Para ocultarnos, es el mejor sitio  
el banco aquel, que está junto al quiosco  
del limpiabotas.

-Yo creo lo mismo.

Vamos allá; ya estamos, pues, sentados.

Conque a ver qué deseas. Abre el pico.

-Pues vera usted, don Pedro. Hay en La Habana  
un culto semanario, muy bonito,  
que LA MONTAÑA se titula. Es obra  
muy loable, de amigos míos íntimos,  
montañeses, los cuales, allá en Cuba,  
 llenos de patriotismo,  
 ferviente culto rinden a la tierra  
 donde nacieron, como buenos hijos.

Para conmemorar solemnemente  
el sublime y glorioso sacrificio  
que hizo usted de su vida, por la patria,  
 quieren hacer un número magnífico  
 el Dos de Mayo próximo, y me piden  
 que con usted celebre una *interviú*...

-¿Una qué?

-¿Pronuncié mal el vocablo?

Bueno, pues rectifíco:

*Interviú, intervíu* o como se diga,  
 que eso en la escuela yo no lo he aprendido.  
 -Tampoco yo, por eso es que no entiendo  
 lo que quieres decir. Para mí es gringo.  
 -Es que no me acordaba, insigne héroe,  
 que usted, hablando en español castizo,  
 increpó a los osados extranjeros  
 que nuestro suelo habían invadido,  
 y que es muy natural que usted no sepa  
 y le indigne al saberlo, por mí mismo,  
 que ahora están invadiendo nuestro idioma  
 también los extranjeros de este siglo  
 con legiones de exóticas palabras  
 sin que de *independencia!* al santo grito  
 haya un Velarde que proteste airado,  
 desnudando el acero, si es preciso,  
 ya que con su brillante pluma de oro  
 está haciendo bastante Marianico.

-¿Y quién es ése?

-Otro español glorioso,  
inmortal como usted. ¡Cavia!

-Le rindo  
de admiración tributo.

-¡Bien, Don Pedro!  
Y él se lo rinde a usted por su heroísmo.  
-Pero ante esa invasión vocabularia,  
que mi rostro broncíneo  
de rubor colorea, ¿qué es lo que hacen  
los demás españoles?

-Sometidos  
al invasor, se han hecho muchos de ellos  
*sportsman*.

-¡Jesucristo!  
¿Y eso se come con cuchara?  
-Quiere  
decir que ejercen con delirio  
los *sports* del *foot-ball* y del *law-tennis*  
y que en los *matchs* reñidos  
se disputan los *goals* con mucha furia  
sometiéndose todos los *equipos*  
u *onces* a los *referes*, siendo el triunfo  
del *campeonato nacional*, de fijo,  
para los que están más *entrenados*  
en cada *sport*, incluso el del *ciclismo*.  
-¡Calla, calla, por Dios! ¿Qué jerigonza  
es esa de voquiblos?

-Los invasores del idioma hispano,  
que se han introducido  
en los *halls* de las *villes*, los *chalets*,  
los *Palaces Hoteles* y otros sitios  
como *foyeres*, *restaurants*, y hasta  
en los voluptuosos *camerinos*  
de las *divettes* y de las *chanteusses...*

-¡Basta, basta de pisto  
polilingüe! Si hoy el bravo  
Daoiz y yo estuvíramos aún vivos,  
esa invasión de voces extranjeras  
no la consentiríamos.

-¿Y cómo iban ustedes a evitarlo?  
-¡A cañonazo limpio!  
-¿Contra quién?

-Es verdad, luchar no cabe  
cuando incorpóreo es el enemigo.  
¡Pero sí, sí! ¡Contra los españoles,  
que de su idioma el manantial purísimo  
enturbian con la mezcla de esas frases  
que no entiende ni Cristo!  
-Eso no puede ser. Conque dejémonos,

señor don Pedro, de *filologismos*  
y vamos al asunto.

-¿De qué asunto  
quieres que hablemos?

-¿No se lo he dicho  
ya? De que me cuente usted, don Pedro,  
algo del tiempo por usted vivido,  
para que lo publique LA MONTAÑA  
allá en La Habana el *Dos de Mayo*.

-Chico,  
¡si eso se ha publicado ya millones  
de veces en periódicos y en libros!  
Que, faltando al deber de disciplina  
ante el santo deber del patriotismo,  
con ira me arrojé contra las huestes  
de Murat, porque habían invadido  
nuestro sagrado suelo, y en la Corte  
querían ejercer pleno dominio.  
Saqué un cañón del Parque, y rodeado  
de chisperos, armados de cuchillos,  
luché contra las huestes napoleónicas  
hasta exhalar el último suspiro.  
Si esto se ha dicho ya la mar de veces,  
¿a qué volver ahora a repetirlo?  
-Algo inédito habrá, insigne don Pedro,  
de su preciosa vida en el archivo,  
que, por tratarse de héroe tan famoso,  
merezca ser sabido.  
-¡Qué ha de haber, si mi vida fue muy corta!  
Fuera de mi cruento sacrificio,  
yo no recuerdo nada. Ni siquiera  
que en mi pueblo, Muriedas, planté un pino,  
como dicen por ahí.

-¿Y de mujeres?  
-Me tocaste en lo vivo.  
Eso sí, ¡qué manolas y qué majas,  
como las que pintaba don Francisco,  
conocí en Lavapiés y en las Vistillas  
y en la Florida, junto al manso río!  
¡Qué serie de episodios y aventuras  
como de galanteos y amoríos,  
muy propios de mis años juveniles,  
interrumpió el inicuo  
invasor. También influyó algo  
en mi ánimo esto mismo  
para encender mi sangre en santo fuego,  
que me impelió con brío  
a lanzarme a luchar contra el intruso  
Murat, que se portó como un cochino!  
¿Yo consentir que aquellos invasores

hollaran sin castigo  
nuestros amados lares y que, siendo  
más feos que botijos,  
hicieran a doncellas españolas  
víctimas de sus bárbaros caprichos?  
¿Consentir eso yo? ¡Mil muertes antes!  
¡Destrucción y exterminio!  
-¡Bravo, don Pedro, bravo! ¡Es usté un hombre!  
-Ahora no; solo soy bronce fundido.  
-Pero bronce animado.

-Sí por cierto;  
no hay duda que me animo  
cada vez que hasta mí llegan los ayes  
de la patria, maltrecha en este siglo  
por discordias, torpezas, ambiciones,  
deslealtades, traiciones y egoísmos.  
¡Ay, si pudiera yo volver ahora  
en cuerpo y alma al mundo de los vivos!  
-También se anima usted, de cuando en cuando,  
por otra cosa.

-Tú dirás, no atino...  
-¡Por las santanderinas retrecheras  
que pasan por aquí!  
-Me dejan bizco.

Es que las hay tan guapas, tan gentiles  
y tan llenas de encantos, que te digo  
que el mejor día vienes a buscarme  
y, en lugar de mi efigie, hallas un río  
de metal en el suelo.

-*Quae causa?*  
-¿No lo adivinas?  
-No, no lo adivino.  
-¡Pues porque con el fuego de sus ojos  
me habrán, seguramente, derretido...!  
-La verdad es que son despampanantes,  
por su gracia, por su aire y por su tipo.  
-Tanto lo son que a mí, siendo de bronce,  
me quitan el sentido.  
-Vaya, don Pedro, adiós, que ya amanece.  
-Sé discreto al contar lo que te he dicho  
y no metas la pata.

-Usted descuide  
y gracias mil en nombre de los chicos  
de LA MONTAÑA, por su complacencia.  
-¡Adiós, joven... antiguo!

Santander; Marzo de 1.916 **JOSÉ ESTRAÑI**

**“La Montaña” (La Habana), 24 de Junio de 1.916**

*Hablando con D. Pedro Velarde*

-----  
**De cómo le dí una mala noticia  
con todo género de precauciones**  
-----

-Don Pedro, buenas noches.  
-¡Hola, amigo!  
Que de mí te acordaras ya era hora.  
-¿Acaso le he olvidado?  
-Así parece.  
-Pues me juzga usted mal.  
-Bueno, perdona  
y deja que descienda de mi solio  
para que hablemos un ratito a solas.  
-A eso vengo.

-¡Ajá...já! Ya estoy en tierra.  
Junto a este barracón de limpiabotas  
nos sentaremos.

-Vamos a sentarnos  
donde usted quiera.

-Ya estaban ansiosas  
de doblarse mis piernas. Tú no sabes  
lo que es estar de pie sobre esa losa  
constantemente.

-Ya me lo figuro.  
-¡Quién pudiera tenderse a la bartola,  
como suelen estar en sus panteones  
las estatuas yacentes!

-Sí, reposan  
en esa posición cómodamente,  
pero, en cambio, no gozan  
del placer de vivir, en bronce o mármol,  
perpetuando su gloria.

-¿Por mí lo dices?  
-Por usted lo digo  
y por todos los dignos de tal honra.  
-Ya te cogí, galán. ¿Pues por qué a unos  
sentados los colocan  
como a ese gran Pereda, que está enfrente,  
aunque no sea blanda aquella roca,  
y a otros, como a mí, en pie?

-Pues muy sencillo;  
la explicación no puede ser más obvia:  
Pereda fue un eximio novelista,  
y en actitud reposa  
de meditar, tan descuidadamente  
de la seguridad de su persona

que, tal conforme está en *Peñas arriba*,  
si un día el viento sur con fuerza sopla  
le puede derribar *Peñas abajo*  
sin que Coullaut Valera le socorra;  
y a usted, que fue un soldado bizarísimo,  
le corresponde esa actitud heroica  
como diciendo: “Al que a mi patria ofenda,  
le doy un puñetazo en la cogota”.

-Eso sí; por mi patria cien mil veces  
volvería a verter mi sangre toda  
y bien está que a ratos, en pie puesto,  
levante así mi espada vengadora;  
pero también muy justo me parece  
que, para descansar algunas horas,  
ya que no sea un catre de tijera  
me coloquen aquí una mecedora.

-Se lo diré al alcalde, aunque yo creo  
que usted solicitar debe otra cosa.

-¿Qué cosa?

-Que de sitio le trasladen.

-¿Por qué?

-Por las molestias enojosas  
que aquí le causará frecuentemente  
el tránsito incesante de personas,  
de carros, de tranvías, de automóviles,  
que marean, aturden y...

-Perdona

que te interrumpa. Yo estoy aquí al pelo  
(fuera de esta postura tan incómoda)  
y no quiero cambiar de domicilio.

-Pues no pensaba como piensa ahora  
cuando pedía usted que le llevaran  
a su pueblo, a Muriedas.

-Y con sobra  
de fundamento lo pedía entonces,  
cuando estaban ahí las vendedoras  
de pescado, y ni Dios sufrir podía  
aquellos pestilencias que a mis fosas  
nasales ascendían desde abajo,  
dándome hasta congojas.

-¿Y no estaría usted, don Pedro amigo,  
mejor en esa plaza tan hermosa  
de Pí y Margall, frente al Ayuntamiento?

-No quiero ver visiones.

-¡Anda la órdiga!

¿Qué visiones son esas?

-¿Te parece  
que allí, en aquella casa, se ven pocas?

-¿Y en Molnedo o Piquío?

-No te canses,

me encuentro bien aquí.

-Pero es el caso...

-¡Qué!

-Me es muy penosa  
la obligación que tengo, como amigo,  
de dar a usted malas noticias.

-¿Bromas?

-No, don Pedro, respétole a usted mucho  
para no permitírmelas.

-Apronta  
lo que me tengas que decir.

-Se trata  
de desahuciar a usted.

-¡Rayos y bombas!  
¿Por qué? ¿Por no pagar quizá el impuesto  
de inquilinato?

-La razón es otra;  
que van a edificar en esta plaza  
la Casa de Correos, y usted estorba.  
-¿Que yo estorbo? ¿Y para eso di mi vida  
por mi patria contra las invasoras  
huestes de Napoleón, el año ocho,  
prefiriendo morir a la deshonra  
de ver hollados nuestros patrios lares  
por extranjera planta?

-Nadie ignora  
que ha sido usted un héroe gloriosísimo  
de inmarcesible página en la Historia,  
pero hace falta el edificio ese  
y la Ley del Progreso a usted inmola.

-¡Mejor decir será *amola* o *amuela*  
como expresión más propia!

-Vamos, serenidad, don Pedro amigo,  
que las almas patrióticas  
procurarán de fijo trasladarle  
a un lugar digno de su inmensa gloria;  
y hasta creo que tienen el proyecto  
de hacerle un pedestal, que sea obra  
de primoroso arte, y no como éste,  
que de guardacantón tiene la forma.

-¡Quiá! ¡Ni por éas! Yo estoy aquí a gusto  
y de aquí no me muevo.

-¿Qué le importa  
estar aquí o en otro lado?

-¿Cómo  
no ha de importar! Donde me pongan,  
fuera de aquí, tendré que estar privado  
de ver esa Avenida tan hermosa  
y estos amplios y bellos horizontes  
y la entrada del puerto, por si asoman

en son de guerra barcos extranjeros  
lanzarme contra ellos sin demora;  
y dejaré de ver estos jardines  
y ver pasar, alegres y graciosas,  
a esas encantadoras costureras  
que siempre que me miran me atortolan,  
lo mismo que me pasa cuando miro  
de reojo a esa Concha  
que al pie de la subida de Pradera  
vende unas confituras deliciosas.  
-¿Qué dice usted, don Pedro?

-Lo que oyes.

¿A quién no gustan, di, las buenas mozas?  
-Pero usted es de bronce...

-Aunque lo sea.

¿Desconoces acaso, ¡oh alma estoica!,  
que con el fuego el bronce se derrite?

-Eso nadie lo ignora.

-Pues a mí me derriten de las guapas  
las miradas fogosas,  
y mucho más las de las santanderinas,  
que son de búten.

-¡Sopla!

¡Ya habla usté hasta en caló!

-¡Por Dios, resérvalo,  
no lleguen a saberlo las manolas  
que con pluma y pincel eternizaron  
el sainetero don Ramón y Goya.

-Bueno, don Pedro, ¿pero usté se aviene  
o no al traslado?

-Si a excitar mi cólera  
se atreven, que a intentarlo se proposen  
y verán quién soy yo. Y ni una  
palabra más me digas de este asunto  
si mi amigo has de ser.

-Cierro la boca  
y me voy a la cama, que ya luce  
por el Oriente la rosada aurora.

-Pues adiós, y hasta otra madrugada.  
-Adiós, don Pedro, ¡hasta otra!

**JOSÉ ESTRAÑI**

**“El Cantábrico”, 22 de Abril de 1.917**

## **¡PROFANACIÓN!**

¡Cielos!

He visto ayer mañana, desde mi balcón, subir un hombre por la escala de los bomberos hasta la estatua de don Pedro Velarde.

Por cierto que parecía, al lado de don Pedro, una cucaracha.

El hombre estuvo tomando medidas del pecho, de los brazos, de las piernas, etc.

Le debió de hacer creer a don Pedro que le estaba tomando medida para hacerle un nuevo uniforme, porque don Pedro se estuvo quieto y no le arrojó de su lado a puntapiés.

¡Ay, cuando se entere  
don Pedro Velarde  
de que las medidas  
no son para un traje,  
sino con objeto  
de descuartizarle  
para de ese modo  
darle otro hospedaje  
en un sitio en donde  
no le vea nadie!  
Preveo, señores,  
una gran catástrofe.  
¡Ya puede esconderse  
don Vidal Collantes!

\* \* \*

Acerca de este  
asunto importante,  
mi excelente amigo  
don Ángel Basave,  
en son de protesta  
llena de coraje,  
me envía esta carta  
que es interesante:

“Señor don José Estrañi:

Hoy los periódicos locales (menos el de usted) hablan de ejecutar la sentencia infiusta del Concejo, del Sábado Santo cuatro de la tarde -siete contra nueve-. Pedro Velarde, la mayor honra de la Montaña, será echado de la plaza de su nombre, de la suya.

Hay cincuenta pesetas para la mejor protesta, para quien más diga en menos palabras. Todas se colecciónarán para formar historia de época.

Si alguno de los bomberos voluntarios se ocupa en esta obra, retiro mi suscripción con todas sus consecuencias.

Hoy, 21 de abril de 1917

*Ángel Basave”.*

\* \* \*

¡Choque usted, don Ángel! Ha estado usted *mu güeno*.

A la propuesta suya uno la mía,  
porque es un disparate archimayúsculo  
retirar a don Pedro de ese sitio  
donde su gallardía luce mucho,  
para llevarle al medio de una plaza  
en la que estará oculto  
a la vista de propios y de extraños,  
pues por allí transita poco público.  
Sería disculpable tal acuerdo  
si fuera necesario en absoluto

hacer cambiar de domicilio al héroe;  
pero bien puede ver el más obtuso  
que en esa misma plaza de Velarde,  
dentro de su perímetro, que es mucho,  
caben la nueva Casa de Correos  
y la estatua del héroe. En ese punto,  
o retirada más o menos cerca  
-esto es cosa de muy fácil estudio-,  
sería un gran ornato para el pueblo,  
cambiando el pedestal, que es feo y sucio,  
por otro más hermoso y más artístico  
y de mayor conjunto.  
Si todo el mundo piensa lo contrario,  
¡Basave y *menda* contra todo el mundo!

**JOSÉ ESTRAÑI**

**“La Montaña” (La Habana), 12 de Mayo de 1.917**

**PACOTILLA – Con D. Pedro Velarde**

Convencido de que la Primavera  
este año se ha ido a Rusia,  
o de que viene usando por vehículo  
un carretón tirado por tortugas,  
ayer, poco antes de surgir el alba,  
desafiando al frío y a la lluvia,  
fui a cumplir la palabra que a Basave,  
con complacencia mucha,  
le dí de visitar al gran don Pedro,  
pues yo no falto a mi palabra nunca.  
Acerquéme a la valla cuadrilonga  
que impide aproximarse a la escultura,  
y desde afuera le grité:

-¡Don Pedro!  
-¿Quién me llama?  
-¿Mi voz no me denuncia?  
¡Soy el pacotillero!  
-Ya era hora  
de que vinieras.  
-No fue por mi culpa  
la tardanza, don Pedro.  
-¿Quién la tuvo?  
-Mis achaques y la temperatura.  
-¡Vaya por Dios!  
-Lo malo, ¡oh, gran Velarde,  
es que esta valla cruel nos dificulta  
hablar como otras veces.  
-No es difícil  
-¿Cómo que no?  
-Verás con qué soltura

doy un brinco, saltando la barrera...

-Se caerá usted.

-No temas; a la una,  
a las dos, a las tres. Ya estamos juntos.

-¿No se ha roto usted nada?

-Ni una uña.

Gracias a Dios, estoy muy bien fundido.  
Y, ¿dónde nos sentamos?

-Por fortuna  
han dejado este banco junto al punto  
de los carruajes de alquiler.

-Me gusta.  
Sentémonos en él, ¿no te parece?

-Mi voluntad será siempre la suya.

-Ya sé que eres patriota.

-Hasta las cachas.  
-Pues oye mis angustias. ¡Contra mí se concitan cielo y  
/tierra!

-¿También el cielo?

-En una noche obscura  
de tempestad horrible, en este invierno,  
tan crudo como no lo pasé nunca,  
cayó un rayo en mi casa de Muriedas  
y rajó el pino que planté. ¡Calcula  
mi profundo dolor cuando lo supe  
por conducto de un ángel...

-¡Carracuca!  
¿Por conducto de un ángel? No lo creo.  
-Sí; por Ángel Basave<sup>1</sup>.

-Ya no hay duda  
de que fue “angelical” la procedencia  
de la noticia.

-Bueno, pues escucha:  
He sabido por él que este vallado  
que me pone en clausura,  
es para trasladarme de este sitio,  
donde gozo de todas las venturas  
que proporcionan el paisaje alegre,  
el ambiente ideal, las auras puras,  
y esa Concha del kiosco de bombones,  
que me vuelve tarumba.

¿Tú sabes el lugar que me destinan?  
-Mi ignorancia sobre eso es absoluta.

---

<sup>1</sup> Sobre Basave (*La Montaña de La Habana*, 3 de Mayo de 1.919): “En el rostro aguileño de Basave, / la gran figura del Quijote brilla; / tiene blanco el bigote y la perilla / y la nariz en curva, como un ave. / Tiene la voz potente, aunque ronquilla, / y tiene un vino blanco en su bohardilla / que a néctar, a maná y a gloria sabe. / Es hombre de cultura y competencia / porque sabe un horror, y habla, a su modo, / de cualquier cosa que en el mundo pasa. / Pero, por bien que sepa toda ciencia, / lo que sabe a mi ver mejor de todo / es el vinillo blanco de su casa. LEOPOLDO HUIDOBRO”. Basave llegó a colecionar en 47 tomos las esquelas mortuorias de sus conocidos que se publicaban en la prensa.

Según unos, frente al Ayuntamiento.

-¿Frente al Ayuntamiento? ¡Antes la tumba!  
No quiero ver visiones.

-¿Qué visiones?

-Pues esos concejales que ahora actúan,  
y que pésimamente administrando  
están la Hacienda ruin de la Comuna.

-¿Comuna? Eso es francés.

-¿Qué que lo sea?

Desde que sé cómo Alemania usa  
el arte de la guerra, ya no odio  
a los que frente a frente, en franca lucha,  
me hirieron noblemente.

-¡Anda la osa!

-¡No fue de ellos la culpa!

Fue la ambición del ogro; la soberbia  
del que quiso regir desde su altura  
los destinos del mundo, como ahora  
pretende conquistar hasta la luna  
otro soberbio déspota.

-¡Don Pedro!

-Por eso yo, pensando con cordura,  
no quiero que me lleven a otro sitio,  
porque desde este veo, hasta sin luna,  
esa extensa bahía, ¿tú me entiendes?,  
y ¡ay del que ose lanzarse a la aventura  
de invadir nuestro puerto en son de guerra!

-¿Pero con qué iba usted a entrar en lucha?  
¿Con esa lavativa?

-No te burles.

-¡Don Pedro, si no es burla!

¡Es que usted no conoce, por lo visto,  
las máquinas de guerra que hoy se usan!

-Contra viriles ánimos no hay máquinas.  
-Las de coser y de escribir, no hay duda;  
pero las otras...

-Bueno, a lo que estamos;  
no estoy para disputas.

-Usted dirá, don Pedro.

-Necesito

que hagas en *El Cantábrico* una ruda  
campaña, con objeto de que ese  
edificio postal que se construya  
se retire hasta esas feas ruinas  
del Ateneo.

-¡Ay, se me figura  
que la campaña esa será inútil,  
don Pedro de mi alma! En esta culta  
capital, lo que es arte y es belleza  
a lo que es feo y malo se subyuga.

-Pues entonces, te juro por dios Marte  
que al primero que ponga en mi escultura  
sus manos, para echarme de este sitio,  
en chapapote le convierto.

-¡Música!,  
porque vendrán a eso muchos hombres.

-A todos venceré, si tú me ayudas.

-¿De qué modo?

-Trayéndome mañana  
proyectiles y pólvora menuda  
para este gran cañón.

-¿No es preferible  
traer agua de malva en una cuba?

-¿Para qué?

-Para darles lavativas  
con la jeringa esa que usted usa.

-¿Te burlas otra vez?

-¡Si no me burlo!  
Es que eso no dispara más que duchas.

-¡Rayos y truenos! ¿Quieres complacerme  
o noquieres?

-Sí quiero

-Pues, ¿qué dudas?  
Basave y tú traedme municiones  
con pólvora bien seca, nada húmeda.

-Así lo haremos, pues.

-Así lo espero,  
y como tu palabra honrada cumplas,  
cuando vengan aquí a desalojarme  
¡verás la gran trifulca!

-Quedad con Dios, don Pedro.

-¡Con él vayas!

\* \* \*

¡Y eché a correr, huyendo de su furia!

**JOSÉ ESTRAÑI**

### **“El Cantábrico”, 13 de Mayo de 1.917**

Ya desapareció de donde estaba  
del héroe montañés la efigie brava.  
No tiene quien mandó tal disparate,  
de sentido común medio quilate.  
¡Pobre don Pedro! Yace el desdichado  
en algún almacén, despedazado.  
¡Así premia la patria, grande o chica,  
a quien todo por ella sacrifica!  
Pretenden ahora, para más chafarle,  
frente al Club de Regatas colocarle.  
E iban a hacerle un nuevo pedestal,

por lo visto en alivio de su mal.  
Más, ni eso ya. Propónese el Concejo  
que se arregle don Pedro con el viejo.  
En verdad no hace falta ni pulirlo,  
porque ante nadie va a poder lucirlo.  
Allí van solo diez o doce indios  
a hablar de Bolsa y a fumar habanos.  
Y equipiera y cuadrillas de chiquillos  
a jugar al foot-ball y a los novillos.  
¡Pobre don Pedro! Ya no verá el mar  
ni chicas guapas junto a él pasar.  
Ni más contemplará las perfecciones  
de aquella Concha, la de los bombones.  
Al fin Basave y yo no hemos logrado  
evitar tan sacrílego atentado.  
Pero aquí siempre, en términos viriles,  
protestaremos contra los ediles.  
Sobre ellos caiga, en forma infamatoria,  
“¡la maldición de Dios y de la Historia!”

**JOSÉ ESTRAÑI**

#### **“El Cantábrico”, 25 de Junio de 1.917**

Todas las costureras de un taller, que dicen que son amigas mías, y la maestra con ellas, me escriben de Santander para adherirse a la protesta de don Ángel Basave por el traslado del héroe montañés don Pedro Velarde a la Plaza de Pombo.

Me piden que vote por ellas en el mitin que se celebre para pedir que la estatua sea colocada en el boulevard, donde se vea.

Acepto con mucho gusto  
esa misión, almas mías,  
nietas de aquellas barbianas  
de mis juveniles días.  
O pone en el boulevard  
al héroe don Rafael,  
o pacotillessamente  
le pongo yo verde a él...

Ya veréis, ya veréis la que se va a armar si no accede el señor Botín a vuestros patrióticos deseos, que son los de Basave y los míos.

No hay que cejar en esta gran campaña hasta obtener el anhelado fin...

¡Hurra, preciosas costureras, hurra!

¡Ahí tenéis un espléndido “botín”!

**JOSÉ ESTRAÑI**

#### **“El Cantábrico”, 31 de Diciembre de 1.917**

(...)

¡Oh, año mil novecientos diecisiete!

¡Con mil demonios vete!

Ahí nos dejas en pie el feo armazón  
de la que del Ateneo fue mansión.  
Y el Mercado del Este con puntales  
para vergüenza de los concejales.  
Y la estatua del gran  
Velarde arrinconada en un desván  
cual inservible trasto, que es lo grave,  
a pesar de los gritos de Basave  
que, como buen patriota,  
contra tales infamias se alborota.  
Dejas también la plaza donde estaba  
del héroe insigne la figura brava,  
convertida en un sucio barrizal,  
y así continuará, por nuestro mal,  
hasta que con banderas y trofeos  
se inaugure la Casa de Correos,  
que será en una fecha ya cercana;  
¡me refiero a la fecha  
en que se pueda ir de aquí a La Habana  
por un ferrocarril de vía estrecha!  
(...).

**José Estrañi**

### **“El Cantábrico”, 9 de Abril de 1.918**

¡Lo que vamos a ver en el verano  
si se realiza lo que se proyecta!:   
La estatua de Velarde en los jardines  
que están frente al paseo de Pereda  
sobre un gran pedestal de arte moderno,  
digno del héroe de la Independencia.  
Limpio de todo el sitio que hoy ocupan,  
causándonos vergüenza,  
los restos del que fue nuestro Ateneo  
y antes café para la golfemia.  
Luciendo una bonita balaustrada  
la Avenida llamada de la Reina  
Victoria, con artísticos jarrones,  
para mayor belleza.  
Al fin sustituidos los puntales  
del Mercado del Este con soberbias,  
marmóreas, elegantes, refulgentes  
y magníficas puertas.  
Enriquecidos todos los jardines  
y parques y paseos y plazuelas  
con muchas plantas y abundantes flores  
y surtidores de agua en las glorietas.  
Un delicioso Edén allá en Piquío,  
que de asombro las gentes enmudezcan;

pero habrá que cubrir las fealdades  
de aquel castillo ruin con verde yedra.  
Desaparecerán de las terrazas  
del Sardinero aquellas  
oquedades que ofenden a la vista,  
porque del suelo manan cosas feas.  
Y del muelle de Maura también dicen  
que desaparecerá la pestilencia  
que de allí surge en las mareas bajas  
y hace huir a la gente que pasea.  
En fin, que Santander será, de fijo,  
modelo de ciudades veraniegas...  
Pero alguien va a decir: -¡Lástima grande  
que no sea verdad tanta belleza!  
(...).

**José Estrañi**

**“El Cantábrico”, 2 de Mayo de 1.918 y “La Montaña” (La Habana), 13 de Julio de 1.918**

**EL DOS DE MAYO**

*(Gran fotografía donde aparece D. José Estrañi sentado en su despacho, a su lado la estatua de Velarde y junto a ésta, sentado como el primero, D. Ángel Basave. En la revista habanera esta fotografía iba de portada)*

**PACOTILLA**

***La estatua de Velarde en mi casa***

\* \* \*

Pues, señor, que me hallaba yo tranquilo  
a las doce de anoche, en el despacho  
que uso en mi casa, calle de la Blanca,  
20, 3º, cuando  
oigo sonar el timbre de la puerta  
con gran violencia, y yo me sobresalto.  
Desperté a mi botones, que en su cama  
se hallaba ya roncando,  
y le mandé a mirar quién a tal hora  
venía a visitarme con escándalo.  
Fue el botones a ver por la mirilla  
y se me presentó todo asustado.  
-¡Señor, señor!

-¿Qué pasa?

-Que es don Ángel

Basave, acompañando  
a un señor de muchísima estatura,  
que parece un gigante.

-¡So gaznápiro!

¿No sabes que don Ángel es mi amigo?  
Abre en seguida.

-Si, señor; volando.

\* \* \*

Entra Basave dando grandes voces  
y así me grita muy emocionado:  
-¡Mire usted, don José, quién me acompaña!  
-¡Don Pedro!, exclamé al verle, estupefacto.  
-El mismo soy, aunque visión parezca.  
-¿Pero no estaba usted hecho pedazos?  
-Y lo estoy todavía, pero ahora  
mis metálicos miembros se han juntado,  
por milagro divino, solamente  
para conmemorar el *Dos de Mayo*,  
¡la fecha memorable en que mi vida  
dí por la patria!

-¡Bien se lo han pagado  
-grita don Ángel- los concejalitos,  
que destruirle en trozos acordaron  
para de sitio trasladarlo!

-Cierto,  
dice don Pedro con su voz de bajo;  
¡allá me destruyeron los franceses  
y aquí me han destruido mis paisanos!  
-Le tomarían -dijo yo- por otro.  
-¿Cómo por otro?

-Vamos,  
que no sabrían que era el héroe excelso  
que contra el invasor murió luchando.  
-¿Quién pudieron creer -dijo Basave-  
que era don Pedro?

-¡Qué sé yo! Un indiano,  
o un cacique rural, o un farolero,  
o un guardia de la Renta de tabacos,  
o algún mozo de estoques de la época  
de Pepe-Hillo, Montes y otros astros.

-Si fue así, ¿no se han muerto de vergüenza?  
-grita Basave en iracundo rapto-.

-Bueno, don Pedro -dijo yo-; sentémonos  
para seguir hablando.

-Vosotros sí, sentaos -dijo el héroe-;  
yo no, porque las tuercas me hacen daño.

*Basave.* - La cuestión, amigo Pepe,  
es que por ser mañana el *Dos de Mayo*,  
la fecha memorable en que don Pedro  
contra las huestes de Murat luchando  
perdió la vida, a verle a usted venimos  
para que ponga usted en EL CANTÁBRICO  
la protesta del héroe con la mía,  
contra los que arrojaron  
a don Pedro del sitio que ocupaba,  
tras de hacerle pedazos.

*Yo.* - Sí, señor, saldrán esas protestas  
y la mía.

*Basave.* - Protestamos  
con energía todos los patriotas.  
*Don Pedro.* - Dí que estoy muy indignado  
por el sitio en que quieren colocarme,  
donde nadie me vea en todo el año,  
cuando yo me encontraba muy a gusto,  
de la vida encantado,  
ahí en mi plaza, en esa de mi nombre,  
donde disfruté tanto  
viendo pasar guapísimas mujeres,  
que fundían mi bronce con los rayos  
de sus ojos, en cuanto me miraban  
de frente o de soslayo.

*Yo.* - Pues, ¿y Concha, la de los bombones?

*Don Pedro.* - ¡Figuraos  
si estaría yo a gusto, ahí, en mi plaza,  
constantemente a Concha contemplando,  
que es una guapa moza. ¡No os parece?  
*Basave y yo.* - Los tres de acuerdo estamos.  
*Don Pedro.* - Y en la plaza, ahora, de Pombo,  
¿qué voy a hacer? Ni barcos,  
ni bellezas del sexo femenino,  
ni otras cosas...

*Basave.* - Es un escándalo  
lo que se ha hecho con usted, don Pedro.

*Yo.* - Una ignominia que merece palos.

*Don Pedro.* - Vuestras frases me confortan  
y satisfecho de esta casa salgo.

¡Vamos, Basave?

*Yo.* - Solo un momento  
les suplico que esperen. A Duomarco  
voy a avisar para que nos retrate  
a los tres, aquí mismo, en mi despacho.

*Don Ángel y Don Pedro.* - Buena idea.

*Yo.* - Así se probará que no hay engaño.

\* \* \*

Llamé por mi teléfono al fotógrafo  
muy notable, Duomarco,  
el cual vino en seguida y en un verbo  
nos dejó retratados  
en una hermosa gran fotografía  
que Dios quiera que en el artefacto  
de nuestra rotativa, no resulte  
una imagen del caos.

Acompañé, después, hasta la puerta  
a esos dos mis simpáticos  
visitantes, don Ángel y don Pedro,  
y éste me dijo, dándome la mano:

-Adiós, pacotillero. Soy el héroe  
que allá en el año 8, *el 2 de Mayo*,  
sacrificó la vida por su patria  
y aquí estoy sin hogar y desguazado.  
Un consejo de amigo voy a darte:  
Si a tu patria en peligro ves, acaso,  
no perezcas por ella, no seas primo,  
pues ya ves lo que a mí me está pasando.  
-De manera que usted renunciaría  
a ser héroe otra vez...

-¡Truenos y rayos!  
¡Mil vidas que tuviera, por la patria  
una a una las mil iría dando!  
-¿Y el consejo que usted me daba antes?  
-Bueno, no me hagas caso.  
¡Es que al verme yo así, como me veo,  
de justa indignación estoy que ardo  
y no sé lo que digo! Con Dios queda.  
-¡Vaya con él nuestro glorioso hidalgo!  
-¡Caramba, qué escalera!  
-No es muy cómoda.  
Por Dios, don Pedro, baje con cuidado,  
no se le rompa a usted algún tornillo  
y tengan que sacarle de aquí en sacos!

### **“La Montaña” (La Habana), 15 de Junio de 1.918**

#### **PACOTILLA**

Ya cerca estamos de la primavera,  
aunque puede decirse que ha pasado,  
pues en Febrero bien hemos sudado  
y ahora el frío que hace es de nevera.  
Pero vendrán después Abril florido  
y Mayo en pos, que pasarán en breve,  
y, como eternamente ha sucedido  
-sin que costumbre tal nadie renueve-,  
en esta patria chica de Basave,  
que como yo lo sabe,  
cuando empiecen las obras proyectadas  
ya no habrá tiempo para concluir las,  
y oiremos carcajadas  
-que han de ruborizarnos al oírlas-  
de ese público, amante del aseo,  
que venga a Santander de veraneo.  
Por eso urgente es, señor Pereda  
Elordi, alcalde actual santanderino,  
que sin que gran respeto se conceda  
-porque a veces el bien es asesino-  
al odioso expediente,

mande inmediatamente  
que de buen gusto, con airoso alarde,  
un pedestal de gran magnificencia  
se haga para Velarde,  
héroe de la española independencia,  
que se halla en un rincón abandonado  
como si fuera un mueble desechado,  
sin valer las bravías  
protestas de Basave ni las mías.  
Y lo que digo de la estatua, digo  
por bien de Santander, que no de Vigo;  
que empiece y se deje de la mano  
todo lo que hay que hacer para el verano.  
Señor Alcalde: puesto que es usía  
tan celoso, tan apto y tan activo,  
tome usted nota de esta moción mía  
¡y deme usted recibo!

**JOSÉ ESTRAÑI**

**“El Cantábrico”, 7 de Octubre de 1.918**

-Y la estatua de Velarde,  
¿cuándo de nuevo se erige?  
-Por ahora no puede ser;  
¡la pobre está con la gripe!

**JOSÉ ESTRAÑI**

**“El Cantábrico”, 26 de Abril de 1.919**

Yace en olvido la estatua  
de don Pedro; cosa grave...  
Nadie se acuerda del héroe...  
¡Ni Basave!

**José Estrañi**

**“El Cantábrico”, 29 de Mayo de 1.919**

**Carta de don Pedro Velarde  
TIENE RAZÓN**

Materialmente estoy descuartizado;  
pero espiritualmente puedo  
dirigirte esta carta, viejo amigo  
y regocijador pacotillero,  
con el fin de que conste en EL CANTÁBRICO  
-un brevíssimo paréntesis abriendo  
a la cuestión electoral presente-  
mi enérgica protesta contra eso

de querer colocar mi broncea efigie  
no sé si en un rincón o si en el centro  
de la plaza que yo llamo de Pombo,  
porque así se llamaba en otro tiempo.  
¿Por qué razón, habiendo mucho espacio  
delante de esa Casa de Correos  
que se halla en construcción, no se me instala  
en ese sitio alegre y pintoresco  
donde he permanecido muchos años  
ante mí pasar viendo  
constantemente jóvenes guapísimas  
y contemplando desde mi alto asiento  
la espaciosa bahía, los jardines  
y la entrada del puerto,  
como también la espléndida figura  
de Concha Amber, la de los caramelos  
y exquisitos bombones, que en su kiosco,  
de estilo japonés, está vendiendo?  
Esa plaza a que quieren destinarme  
es la de menos tránsito del pueblo,  
y estaré allí constantemente oculto  
a las miradas de los forasteros,  
como si fuera caso vergonzoso  
para el santanderino Ayuntamiento  
honrar al héroe de la Independencia,  
que sucumbió a la Patria defendiendo.  
¿Habrá aún en España afrancesados  
como en la época de José Primero?  
Te ruego, pues, de veras, Pepe amigo,  
que esta protesta insertes, desde luego,  
y digas a Basave que no cese  
de gritar, como él solo sabe hacerlo,  
contra esa atrocidad que hacer conmigo  
quieren ahora los ediles estos.  
Como su absurdo plan no rectifiquen  
y prosigan negándome el derecho  
de colocarme donde yo me hallaba  
cuando me destrozaron todo el cuerpo,  
sin más vacilación voy a Muriedas,  
a todos los vecinos les sublevo,  
los traigo a Santander en son de guerra  
¡y a ver quién gana el pleito!  
Conque adiós, viejo amigo, hasta otro día,  
y a Basave muchísimos afectos.

**PEDRO VELARDE**  
**José Estrañi y Grau**